

misa en Santa Clara y pondré orden en mi cabeza. Estoy ardiendo; creo que tengo fiebre...

Y me levanté, no para oír misa, sino para escribir esto, que apenas da idea de mi brega infernal. Misa la oiré más tarde, pues siento que me rompe la cabeza la neuralgia que me ataca cuando trasnocho. Cierro, pues, los ojos; pero antes de quedarme dormida digo á *Génie*:

— Si viene el caballero de ayer, ya sabes, el alto, simpático, cara de persona decente, le dices que me aguarde, que tengo que hablarle...



CAPITULO V

En busca de auxiliares

JULIO 20. ¡Qué situación la mía! Tengo, como quien dice, la fortuna en la mano y no puedo cogerla, conozco que podría reivindicar lo mío y tengo que consentir en que sigan gozándolo los detentadores. ¡Oh, Dios mío, tú que dijiste que habías enriquecido á los humildes, y á los soberbios les habías dejado sin cosa alguna, ayúdame, favoréceme, ilumíname y reconoceré que eres el Dios de mis padres, el Dios que adoro y he adorado siempre!

Temprano llegó Moncalián, que estaba deseoso de saber mi resolución.

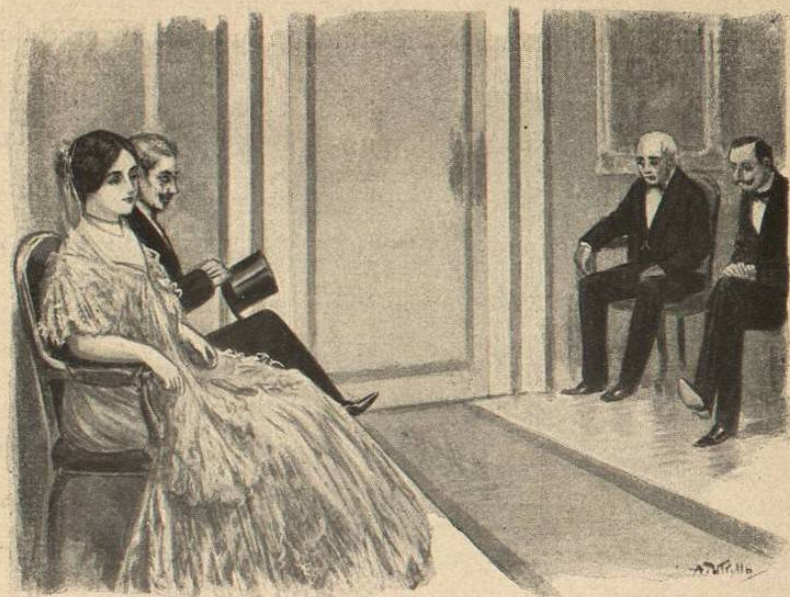
— Mi resolución es, le dije, luchar hasta obtener lo que nos pertenece. Lléveme usted ante un notario para asegurarle ese diez por ciento que tan justamente le corresponde.

— Bien, señora, murmuró él inclinándose; pero necesitamos emprender no uno, sino varios pleitos; no una, sino muchísimas reclamaciones, y como para pleitear y reclamar se necesita dinero, creo lo conseguirá usted ó me ayudará á conseguirlo.

Además, hay que contar con las gentes de curia y con las de gobierno, y para eso también usted puede servir á maravilla.

Distribuya usted dos, tres, cuatro millones de pesos, que al fin el caudal no se resiente con ello. Hay que untar la mano á estos prohombres liberales, pues sólo así nos saldremos con la nuestra. Acuérdesese usted de la sentencia de aquel monarca: no hay fortaleza que pueda llamarse inexpugnable, si por el puente no ha pasado un asno cargado de plata.

24 de Julio. No sé cómo sofocar mi indignación; solicité una entrevista con Juárez y me la concedió enseguida. Como aquí no digo más que la verdad, debo confesar que para ponerme frente á frente del que sus amigos llaman «el Gran Indio,» me emperejilé como si hubiera ido á un baile, echándome encima el fondo del baúl. Al mismo tiempo esgrimí ante sus ojos el argumento de un millonaje de duros, diciéndole que con esa suma podría salir él de su honrada pobreza. Mis trapos y mi palmito le produjeron al Presidente el mismo efecto que le habría produci-



do una india enredada; en cuanto á la proposición de soborno, me habló así:

— Yo celebraré, señora, que, si los documentos que usted trae, y que no quiero ni puedo examinar, son tan eficaces como dice, logre entrar en posesión de lo que le pertenece, pues sería una gloria para los tribunales mexicanos deslindar, poner en claro y terminar la serie de cuestiones que traen aparejadas esas cosas. Mas con mucho sentimiento le digo que no me es posible recomendar en forma alguna las pretensiones de usted, pues soy el jefe del poder ejecutivo y no del judicial. Sólo que los tribunales demoraran ó torcieran la justicia, podría hacer una excitativa, usando de mis facultades constitucionales... En

cuanto á esa gran suma que usted se sirve ofrecerme, ignoro el título con que la pudiera aceptar. Si es en pago de posibles servicios, ni los he prestado, ni aun habiéndolos prestado debería usted recompensármelos; el país me da una retribución que me sirve para mis necesidades y con ella me basta; si es como obsequio ó regalo, tampoco la podría recibir, pues ni el afecto, ni la amistad, ni título ninguno la autorizan á usted para ello...

Y se puso en pie dando por terminada la entrevista.

26 de Julio. No se habla de otra cosa que de la última barrabasada de los liberales. Juárez acaba de suspender los pagos de todas las *convenciones* (creo que *convenciones* se dice) extranjeras, y el Cuerpo diplomático en masa ha roto sus relaciones con este desgobierno. ¡Lorado sea Dios! Ya es tiempo de que le den su merecido á estas gentes y las releguen á lo más remoto. Que caigan como entraron, por medio de la violencia y del dolo... Ya me las pagará todas juntas el señor Juárez.

27 de Julio. Pero, señor, ¿qué bribia, qué monstruo, qué serpentón le ha caído al gobierno mexicano, que ya no puede tener paz, ni moverse, ni vivir sin el permiso previo de la tarasca? Después de Gabriac, el cominero que pesaba los huevos, á fin de que no se los llevaran de menos volumen que el nuevo tipo que guardaba en casa,

nos ha venido un tal Saligny, Dubois de Saligny, si mal no recuerdo. No le conozco; pero tales cosas cuentan de él, que hay que creer ó que es un loco ó que no obra por su propia inspiración, sino obedeciendo instrucciones superiores.

Empezó Saligny por reñir con el gobierno de Juárez, á causa de que éste ocupaba cuarenta mil duros, una corona, candeleros, vasos, platos, copones y custodias, todo de plata ú oro macizos, depositados en el nicho número 17 del panteón del convento de las Hermanas de la Caridad y pertenecientes al de la Concepción.

¡Parece que vuestro Gobierno, dijo á Zarco, Ministro de Relaciones, *se ha resuelto á hacerme perder la paciencia y á indisponerse con la Francia!* Y luego, en el curso de la comunicación, conceptos tan enérgicos ó tan insensatos como estos: *no puedo presenciar por más tiempo escenas que constituyen ofensas directas y premeditadas al gobierno del Emperador, bajo cuya protección se hallan en todo el mundo esas santas mujeres.*

Confieso que siendo tan poco demagoga como soy (también soy poquísima retrógrada), toda la sangre mexicana que tengo en las venas se me alborota al oír hablar así. Fuera yo jefe del Gobierno, y ya sabría contestarle al barbilindo en términos convenientes.

Pocos días después, pasó otro escandalillo que también ha dado mucho que hablar. Lo más escogido de las gentes

de México se reunen noche á noche, y de preferencia los domingos, en las barracas de lona que se levantan en el Zócalo desde el día de Todos Santos. Según me asegura Pepe Echeverría, mi pariente y pariente de las Agüeros, Saligny había comido en casa de Wagner, ministro de Prusia y otro que bien baila, y los dos de gran uniforme, llenas las sendas barrigas de bandas y condecoraciones y mas llenas aún de alcohol de buena clase, empezaron á dar vueltas entre el inocente gentío que se agrupaba para admirarles.

Pepe había llegado á saludar á su amigo Porfirio García de León, el inspector de policía, que estaba sentado en compañía de Hortensia, la modistilla francesa de la calle de Plateros. Pero antes de seguir, déjenme que describa al tal García, tipo que sólo medra en estas privilegiadas latitudes: es alto, grueso, bien presentado; trae pantalón azul con vivos amarillos, casaca verde con vueltas rojas y botones dorados, casco prusiano de plata lleno de piedras preciosas robadas á las catedrales, y cuando monta, freno, cabezada y silla plateados y dorados y también llenos de diamantes, esmeraldas y rubíes, que representan la bandera mexicana.

Decíamos... ah, sí, que Pepe saludaba á Porfirio y á su amigaza, cuando vió venir á los diplomáticos balanceándose como péndulos, con los bastones cogidos por las conteras; Wagner con el sombrero ladeado, Saligny

con la escarapela del suyo hacia el occipucio, las casacas desabotonadas, los espadines enredándoseles entre las piernas, los rostros congestionados, las barbas alborotadas y los ojos enrojecidos.

Entonces Saligny procuró pararse firme, empuñó el bastón, cogió á su amigo de la mano, y cuando todos creían que iba á arrojar el vinazo que le llenaba la tripa, señaló á la familia de Juárez y á otras diez ó doce que estaban sentadas cerca de ella y dijo á gritos:



DUBOIS DE SALIGNY

— *Voilà, ce sont des...*

Pistache (así llaman á Echeverría) se levantó indignado al oír el insulto, dió á Saligny una cachetada tan tremenda que debe de haberse oído hasta Francia, y cuando quiso valerse el diplomático y pegar un bastonazo al atrevido, ya se habían interpuesto Porfirio García, el hombre del casco, y Juan José Baz, Gobernador del Distrito.

Ahora hay dos notas opuestas: Saligny asegura que Porfirio trató de asesinarle y «La Orquesta» sostiene que

el ministro se refugió dentro de una garrafa de *vieux cognac* para repeler la agresión de Pepe.

La última hazaña del representante de Francia ha sido todavía más sonada. Después de la caída de Miramón, fingió Clarita Muñoz Ledo un contrato de alquiler de su casa, número 7 de la calle de Vergara (el señor ministro y yo somos vecinos), para la Legación francesa. En la precipitación con que se mudó no quiso detenerse en recoger las prendas de su propiedad que estaban guardadas en los roperos y cómodas y las dejó á la disposición de su inquilino. Ahora nota la falta de

15 docenas de guantes cabritilla legítimos Jouvin.

4 » » » de red.

2 » » medias hilo de Escocia.

1 » » calcetines de seda de superior clase.

3 cortes muselina de algodón.

3 bultos de holanda.

1 reloj despertador,

y un álbum que contenía un mapa de la República, encuadernado en terciopelo y con broches, lomo y esquinas de plata y oro esmaltados.

Saligny contestó la carta que le dirigió Clarita, diciendo que nada había cogido; en cuanto al álbum, confesaba que había existido, pero que había quien dijera que estaba en poder del señor Ledo; y el ministro reclamaba la prenda, porque sabía se dedicaba á su majestad el Emperador, su augusto amo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

tomado la parroquia y el cementerio. Le han ascendido á general, pues González Ortega aseguró que no se consideraría digno de llevar la banda, si no se la colocaban al nuevo jefe.

17 de Agosto. ¡Dios mío, qué situación esta! Moncalián me escribe de Guadalajara, diciéndome que tiene en su poder el documento que hace falta, y que en cuanto á títulos de las propiedades, ya los agencia á gran prisa. Me recomienda que active la parte de entre bastidores, pues sin ella nada se puede acometer con probabilidades de éxito. ¿Qué hacer? No hay que pensar en los demagogos, que están cada día más *finchados* y más llenos de orgullo, y que se indignarían ante la sola proposición de cohecho ó soborno. Tampoco es posible hablar de los *cangrejos*, que no gozan de ninguna influencia y que echarían á rodar el negocio, sin remedio alguno. Abreme un camino, Dios de justicia; señálame una salida de este berengenal espantoso, pues de otro modo voy á volverme loca. ¡Oh, Tántalo, Tántalo! Tú eres el más infeliz y el más digno de compasión de los condenados; ya te comprendo, ya puedo dolerme de tu mal: yo también veo correr cerca de mí el agua límpida, y me muero de sed; yo también contemplo las frutas frescas que me quitarían el hambre, y no puedo comerlas.

El mismo día. ¡Cosa más rara que la que me ha con-

tado ahora el vecino Caballero de los Olivos! Dice que la noche del catorce, á la hora en que pasaron los vítores por esta calle, se disparó un tiro contra el ministro francés, que se hallaba en la terraza de su habitación. Caballero no cree en ese atentado y á mí también me parece inverosímil.

18 de Agosto. Pensando, pensando en mi tenebroso problema, he llegado á imaginarme que tendría una salida decorosa y posible recurriendo á los ministros extranjeros. Sabido es cómo basta que un ministro recurra en queja á las autoridades, para que éstas le acuerden cuanto quiere. Algunas veces se les expulsa; pero eso se hace con los enviados de nacioncillas que no pueden traer una complicación, como Guatemala y el Ecuador, ó con los de pueblos con quienes se cree poder combatir, como España. Con los representantes de Francia, Inglaterra, Prusia ó los Estados Unidos no hay chanzas: son podencos, y si el loco les arroja un canto á la cabeza, se expone á que le zarandee de lo lindo el dueño del animal.

Lo cierto es, que todos los gobiernos viven con la barba sobre el hombro, y que aun con los habitantes de San Marino, son lo más cariñoso y amable; al grado que pasa ya como axioma que la condición peor que puede haber en México, es la de mexicano.

Pero en caso de que me decidiera á la *intervención de*

las potencias, ¿á quién debería ocurrir? El ministro inglés es un ogro, más amigo de los liberales y de Juárez, que de los que tratan de moverles camorra. El americano es uña y carne del Presidente y no consentiría en ninguna combinación que pareciera deshonorosa para su pueblo. El prusiano es un bruto que vive metido en un tonel de cerveza, del cual no sale más que para llenarse el buche de queso podrido y carne cruda. Queda el francés: yo no puedo decirme francesa, puesto que no lo soy ni lo era mi marido; pero puedo decir que mi hija es nacida en el propio París y nadie duda que yo, como representante suya, podría gestionar cuanto se refiere á sus intereses... Además, el señor Saligny está encargado de los españoles residentes aquí desde la expulsión de Pacheco, y yo puedo llamarme española, puesto que mi padre conservó su nacionalidad; las reclamaciones y pleitos que motiven mis asuntos deben ventilarse en España; y... hablemos claro, Saligny es el enemigo mayor que tiene Juárez, y tan luego como sepa que el indio me ha despedido, dará él en tomarme bajo su cuidado... Saligny es, pues, mi hombre.

Sin embargo, debo confesar que me inspira alguna repulsión; dicen que es tan brusco y tan mal criado, que mide de arriba abajo á las gentes con tanta insolencia, que las mira con el ojo que tiene á sus órdenes de un modo tan impertinente, que no me decido á visitarle sino haciendo un gran esfuerzo.

Pero... *poitrine à l'eau*, como dicen que dice Schiaffino. ¿Quién vacila en beber una purga que puede devolver la salud, sólo porque sea de sabor ingrato? A la purga, digo, á Saligny.

20 de Agosto. Ya pasó el trago, y por cierto que no es tan amargo como parecía. Escribí á Saligny, me citó para hoy y á las cuatro, hora convenida, me presenté en la Legación. El criado de librea gritó á poco, en la puerta de un cuarto:

— *Madame veuve Jecker.*

Y entré á la presencia del monstruo más espantada que Tom Pouce á la cueva del ogro.

Estaba Saligny sentado en un sillón, cerca de la chimenea, que naturalmente no tenía el más insignificante rescoldo, y leía en un periódico muy grande que le tapaba el rostro. No se distinguían de él más que unos horribles pantalones á grandes cuadros blancos y negros, los cordones de una bata amarilla y roja, la borla de un gorro griego y unas manos peludas y gruesas, que recordaban las del chimpancé del Jardín de Plantas.

Permaneció repantigado un buen espacio, y al fin se levantó con seguridad de la silla, haciéndome un amago de reverencia. Es bajo de cuerpo, tan gordo que parece cuadrado; tiene la barriga inflada enormemente, la cara amarata, las barbas de color castaño claro, cortadas en